

Lucho Bermúdez: ¡y que siga la parranda!

Andrés Vergara Aguirre



Lucho Bermúdez, fuente: <http://cumbiapoder.blogspot.com/>

Colombia, tierra querida, himno de fe y armonía.
Cantemos, cantemos todos, grito de paz y alegría.
Vivemos, siempre vivemos, a nuestra patria querida.
Tu suelo es una oración y es un canto de la vida. (Bis)

Estos versos que muchos colombianos
habrán escuchado en más de una
ocasión, incluso aquellos que llevan

más de media vida en el exilio, porque son parte casi obligatoria del guión en cualquiera de esas fiestas o conciertos organizados para compatriotas en el extranjero, se encuentran en la cumbia *Colombia, tierra querida*, con la cual el maestro Lucho Bermúdez le compuso un auténtico himnoailable a Colombia.

Un niño predestinado

Tal vez uno de los acontecimientos más decisivos en el destino de Luis Eduardo Bermúdez Acosta, a quien el mundo conocería como Lucho Bermúdez, fue la muerte de su padre en 1914, cuando el futuro maestro apenas tenía dos años. Tras la muerte de don Luis, doña concepción Montes, la abuela materna, se hizo cargo de la crianza de Luchito que, desde sus primeros años, comenzó a mostrar sus dotes artísticas, con una precocidad en la que tuvo gran influencia su tío abuelo José María Montes, un músico profesional que lo inició en

la educación artística; este se convirtió para él en una figura tutelar, una especie de modelo paterno y, al mismo tiempo, el primer tutor musical.

Cuando Lucho aun era muy pequeño, doña Concepción se trasladó a Aracataca, donde vivía otro de sus hijos, Rafael Acosta. Para esa edad, ya Luchito había dado pasos muy importantes para su carrera artística: desde su ingreso a la banda de su pueblo, el Carmen de Bolívar, que dirigía el tío José María, se había convertido en una atracción para el público por la destreza, que contrastaba con su pequeñez; allí, a Luchito comenzó a sonarle el flautín, su primer instrumento. Al llegar a Aracataca soplaron nuevos vientos para el músico o, siendo más precisos, el maestro en ciernes comenzó a soplar nuevos vientos, pues su tío Rafael también era músico, y con él aprendió a tocar otros instrumentos como la flauta, el saxofón y la trompeta. En homenaje a su segundo tutor musical, años después compondría el porro *Tío Rafa*.

Y de ahí en adelante la vida de Lucho Bermúdez tuvo ritmos cada vez más acelerados. Ingresó a la banda del Batallón Córdoba, también de manera precoz, pues no tenía la edad suficiente para estar en una banda militar, y este hecho también sería decisivo para su formación; allí se encontró con el destacado clarinetista Juan Noguera; muchos lo saben: el

maestro Bermúdez fue un virtuoso del clarinete, quizá el instrumento con el que más se destacó como intérprete.



Matilde Díaz, fuente: <http://cumbiapoder.blogspot.com>

Después, Lucho siguió asimilando las enseñanzas de otros maestros, entre los que sobresale Guillermo Rico, formado en Europa, y con el que habría descubierto los sonos del jazz. Después, a sus veintisiete años, formaría su propio grupo, La Orquesta del Caribe. Ya se había convertido, cómo no, en el maestro Lucho Bermúdez.

Un músico prolífico y versátil

En 1944 la Orquesta del Caribe fue contratada para la inauguración del Night Club Metropolitan de Bogotá, ciudad donde vivió por varios años. Al terminar el contrato allí,



Salón Tropicana, fuente: <http://www.cubaenfotos.com/usuarios/?accion=11&user=centli&pagina=1&clave=CU13097990051016&len=en>

disuelve su matrimonio y su orquesta; la esposa —su prima Leda Rosa Montes—, su pequeño hijo —Luis Eduardo Antonio— y los músicos regresan a Cartagena, y él se queda en la capital.

Allí trabajó en las emisoras, que por esa época estaban entre los principales escenarios artísticos, pues contrataban a los grandes artistas para presentaciones en vivo. Por esos días conoció a Matilde Díaz, que se fue a trabajar con él cuando lo contrataron como director de la orquesta del Hotel Granada.

En 1946 la pareja viaja a Buenos Aires, donde graban decenas de canciones para la RCA, y de paso se casan allí por lo civil; tendrían una hija, Gloria María. El matrimonio con Matilde duró dieciocho años, pero aquella unión artística sería indeleble en la memoria musical de Colombia, con piezas como *Carmen de Bolívar*,



Bosque de la Independencia, postal personal, autor desconocido, 1930

por ejemplo, un homenaje del maestro a su pueblo; esta y muchas otras de sus canciones trascendieron las fronteras de Colombia en la voz de Matilde; en homenaje a los dos, Celia Cruz incluiría *Salsipuedes* en una de sus últimas producciones.

Al regreso de Buenos Aires vuelven a trabajar al Hotel Granada, donde el maestro forma la Orquesta Lucho Bermúdez. En 1948 viajan a Medellín para presentarse en La Voz de Antioquia; estando en esta ciudad, el Granada es destruido por las llamas del Bogotazo; entonces Lucho y Matilde permanecerán en Medellín durante unos quince años, en una estadía intermitente debido a los constantes viajes nacionales e internacionales, entre los que sobresalen sus visitas a México y a Cuba, en las cuales se relacionan con otros artistas muy importantes también, como Dámaso Pérez Prado, Benny Moré, Celia Cruz y Ernesto Lecuona —con la orquesta de este se presentan

en el hoy mítico salón Tropicana, de La Habana—. En Cuba se casaría, en 1970, con otra colombiana, Elba Gallo, con quien tendría dos hijos: Elba Patricia y Luis Enrique. Con ella permaneció hasta 1994, cuando murió a sus 82 años.

Así pues, fue en parte debido al Bogotazo que Medellín pudo parrandear con las canciones de Lucho Bermúdez y los cantos de Matilde Díaz: La Voz de Antioquia, el Club Medellín, el Club Unión, el Club Campestre, las disqueras, las más grandes empresas antioqueñas como Fabricato y Coltejer... en fin, en aquellos años los antioqueños tuvieron un nuevo referente musical para sus fiestas. Muchos “veteranos” aun pueden evocarlas inolvidables parrandas con Lucho Bermúdez, algunas de las cuales se realizaban en el Bosque de la Independencia, que con los años se convertiría en el Jardín Botánico.

Entre los aspectos que hacen tangible la genialidad del maestro Lucho Bermúdez están lo prolífico de su obra y la diversidad de ritmos que se reúnen en su discografía, así como su versatilidad que le permitió dominar varios instrumentos. En su producción quedaron porros, gaitas, cumbias, fandangos, mapalés... pero también se alejó de la zona costeña para adentrarse en géneros de otras regiones, como pasillos y torbellinos, por ejemplo, convirtiendo

su música en un instrumento de integración nacional; y aun pudo ir mucho más allá, para inscribir su nombre en géneros extranjeros como el tango, el mambo, el jazz, el pasodoble, el bolero... en fin, una inmensa lista de canciones de diversos ritmos y géneros que, según distintas fuentes, sobrepasa con creces los mil registros; una lista que, contó él mismo alguna vez, se inició a sus veintidós años, cuando, viviendo en Cartagena, compuso *Marbella*.

Un compositor nacional

Pero uno de los principales méritos del maestro tal vez fue lograr recoger una serie de ritmos populares costeños que hasta entonces eran más bien “ninguneados” en el ámbito cultural nacional. Ello se evidencia, por ejemplo, en las páginas de una revista colombiana que a finales de los años cuarenta sirvió de canal para una discusión sobre si la cumbia era realmente música.

Cuando Lucho Bermúdez, con la formación técnica adquirida gracias al tutelaje de sus primeros maestros, comenzó a componer canciones en aquellos ritmos costeños en los que —podríamos decir— incluyó aires más versátiles, dio inicio a una tarea que sería trascendental, pues fueron aquellos los primeros pasos para que ritmos como la cumbia y el

porro, por ejemplo, alcanzaran una repercusión nacional. En otras palabras, dejando de lado la afirmación de José Vicente Contreras de que Lucho Bermúdez “vistió de frac la música costeña”, que han repetido hasta el cansancio los periódicos colombianos en este año del centenario del maestro, podría decirse que más que eso, él en realidad lo que hizo fue ofrecerles a esos géneros una cédula de ciudadanía nacional, pues en gran parte, gracias a él, géneros colombianos como la cumbia y el porro se convirtieron en puentes de identidad nacional y trascendieron las fronteras. En este sentido, tiene razón Enoïn Humanéz Blanquicett cuando en “Centenario de Lucho Bermúdez: celebración de cien años de alegría y goce”, afirma: “En mi opinión, Bermúdez, amparado en la autoridad que le confería su formación técnica en un medio dominado por músicos sin formación, se tomó el atrevimiento de entrar con la música costeña a la escena nacional vestida con su camisa floreada, su sombrero de paja, su pantalón blanco, sus abaraca *stres puntá* y su mochila al hombro”.

Se refiere el autor a ese maestro que por allá, a mediados del siglo veinte, de manera un poco subversiva para los usos de esos tiempos, irrumpió en la capital colombiana con unas canciones de las que un columnista de *El Tiempo*, quien seguramente recogía el sentir de muchos bogotanos, afirmó que era “una

merienda de negros”. Pero Lucho no se dejó vencer por la frialdad con la que lo recibieron muchos de aquellos cachacos, y con el tiempo demostraría que sus canciones en ritmos costeños eran mucho más que eso, y habían llegado para quedarse y para imponerse en la historia musical de Colombia. Más que “una merienda de negros”, su música era una *Fiesta de negritos*, pareció responder muchos años



Colombia tierra querida: portada de Discos Fuentes

después, con una pieza musical en ritmo de porro en la que el clarinete, el saxofón y la trompeta entablan una brillante y festiva discusión con la que bien podemos celebrar en este año el centenario del maestro.

Un himnoailable para Colombia

Por eso, volviendo a *Colombia, tierra querida*, podemos pensar que si este fuera nuestro himno

nacional, hasta Shakira podría cantarlo, y seguro que lo cantaría bien, no solo porque debe haber aprendido la lección, sino porque este himno de Lucho Bermúdez tiene un lenguaje mucho más propio y sencillo, y está hecho en un ritmo festivo que bien invita a la alegría.

El hecho de que Amparo Grisales, la llamada “diva de Colombia”, haya propuesto cambiar el himno, no significa que sea una idea descabellada y mucho menos escandalizante. Es una idea que me ha venido rondando desde hace varios años: tal vez no deberíamos seguir cantando ese himno al dolor que habla de una “humanidad entera, que entre cadenas gime”; himno a la violencia, que muestra cómo “del Orinoco el cauce se llena de despojos/ de sangre y llanto un río se mira allí correr”. Y si esto ya resulta “horrible”, para usar un adjetivo del mismo himno, qué decir de estos dos versos que me produjeron pesadillas en la niñez, cuando en la escuela me enseñaron un himno que hace mucho tiempo olvidé: “La virgen sus cabellos arranca en su agonía/ y de su amor viuda los cuelga del ciprés”. Un relato épico que, más que canto a Colombia, es un himno al dolor, el cual, por cierto, no se ajusta a nuestra Constitución, pues un himno expresamente católico no concuerda con ese principio que en el papel

consagra la “libertad de cultos”. Y habría muchos otros argumentos.

Asimismo, *Colombia, tierra querida* podría ser adoptada como himno nacional, por distintas razones. Primero: seguramente son más los colombianos que se saben esta canción que quienes conocen el himno nacional completo. Segundo: es un himno que convoca a la alegría, a la vida, y no a la violencia y a la muerte, que de eso estamos cansados; un himno como estos podría ser inspirador para la paz nacional. Tercero: está hecho en un género musical netamente colombiano, compuesto por un autor que es digno representante de la cultura nacional. Cuarto: es una canción con un texto neutro, que no se enfoca en regionalismos. Quinto: apenas tiene dos estrofas más el coro, y es más fácil de aprenderla. Y habría muchas otras razones... Por ahora terminemos con otros versos de esa canción, que bien muestran cómo Lucho Bermúdez con ella le compuso un himnoailable a Colombia:

Colombia te hiciste grande con el furor de tu gloria
La América toda canta la floración de tu historia.
Vivemos, siempre vivemos, a nuestra patria querida
Tu suelo es una oración y es un canto de la vida.
(Bis).

Andrés Vergara Aguirre es Comunicador Social-Periodista egresado de la Universidad de Antioquia, donde cursó la Maestría en Literatura Colombiana. Actualmente adelanta el Doctorado en Historia de la Universidad Nacional de Colombia —Sede Medellín— y es docente universitario. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Mater*.

